

# El Mensajero

Diario democrático federalista.

Jueves 9 de Junio de 1887.

Se publica todos los días excepto los siguientes á festivos.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Centro Federalista, S. Gregorio, núm. 1, principal.

AÑO V.

Núm. 866.

Villanueva, un mes. . . . . 1'00 pesetas.  
Resto de España. . . . . 1'25  
Números sueltos. . . . . 0'50  
Anuncios y comunicados, precios convencionales.  
(No se devuelven los originales.)

## LA RAMERA

(Conclusión.)

¡Declamaciones melodramáticas, juegos de moralistas, idealidades de imaginación calenturienta!... Ya se oye el rumor de estas exclamaciones, trascendiendo desde las mancebías y tratando de imponerse con la sátira ó el desprecio á todo movimiento de generosidad redentora; ya se oye esa algarada de las *grandezas pequeñas*, que muy á su gusto en sus guaridas de talco y lodo se arremolinan, precipitan y afanan, con algo de miedo, como manada de gusanos que, royendo tranquilamente sabrosa poma, sintiera de pronto el acerado filo de la cuchilla partiendo en dos mitades su guarida. ¡Es tan fácil y tan cómodo roer la vida! ¡Es tan difícil y trabajoso el afirmarla! Y ellos la roen, se la encontraron fresca, luciente, brindando felicidad y calma, ¡así fulgura en todo el universo! y ellos, los egoistas, los amantes de sí mismos, los que toman la humanidad por medio y no por fin, los que rompen su honra y la ajena sobre el cuello de una botella de Champagne ó en un chiste incisivo, los que haciendo descender el tipo humano hasta la representación de una quisicosa con formas de vívora, pensamientos de hiena y costumbres de buitre, caminan en mortecina soñolencia por las sendas sociales con la mirada impúdica fija en los albures, y la voluntad impotente ansiosa de obscenidades. Esos productos que las leyes del atavismo arrojan sobre nuestros siglos como una reminiscencia de las razas simias; *esos* que tratándose del honor le califican de poder, y tratándose de virtud la entienden por hipocresía, y tratándose de amor le sienten por la ramera; *esos* se levantan como hacecillo de miasmas deletéreos surgientes de un pantano y con el equívoco oportuno, la agudeza injuriosa, la estúpida sonrisa, escupen sobre las almas que no descendieron de su jerarquía de racionales, y sostienen, por desgracia con éxito, en apoteosis constante, la belleza del vicio, la necesidad de lo imperfecto, lo útil de lo monstruoso, ¡agentes tan opuestos al triunfo progresivo de la humanidad sobre nuestro esplendido mundo!... Y el mal continúa, acorrala, enerva las aspiraciones levantadas, derrumba los ideales de perfección, abrasa los sentimientos nobles, hiela todo impulso de actividad conscientemente amorosa; rebaja, perturba y pervierte el sentido moral, haciéndole convergir, no á la familia, la nación y la raza, sino hacía el individuo, en el que

fermenta el ruín egoísmo, moho de la inteligencia y carcoma del sentimiento; extiende su maleficio de hogar en hogar, de corazón en corazón, y transforma á la juventud en desconfiada (!), á la vejez en libidinosa (!), á la familia en cuadrilla especuladora (!), y á la sociedad en montón fermentado de lujuria, de vanidad y de pereza!... Y á la mujer, á esa copa de perfume eterno donde el Altísimo colocó la diadema más espléndida de la vida, la de la maternidad; á esa criatura cuyo suave espíritu parece que aún retiembla á impulsos de angélicas inspiraciones; á ese sér que encierra en su corazón la melodía más conmovedora del concierto universal, pues sostiene en vibrantes cadencias todas las tonalidades del amor, á la mujer, la rebaja la prostitución á la más honda de las perversiones, y arrancándole sus excelsos privilegios, la transforma en rémora del progreso de la vida y en antro de infecundos dolores...

¡Cuán amargo dolor se experimenta ante esas pobres víctimas de la irracionalidad del hombre y la deficiencia de la ley! ¡Cuán tristemente se contempla la muerte moral de tantas almas que violentamente arrastran por impuras atmósferas al funesto extravío de sus destinos! Y al hallar á la ramera más que culpable desgraciada, ¿cómo no resolverse contra *el llamado fuerte*, contra el hombre, y arrojar á su frente, manchada con pensamientos repugnantes, un anatema tremendo? ¡Fuerte! ¿Para qué? ¿Para someter á la debilidad? ¡Donosa fortaleza! ¡honrado triunfo! Inculpan de débiles á las mujeres y no se detienen en prostituirlas, facilitando á su debilidad los medios para ello. ¿Dónde está aquí la fortaleza? ¡Tanto valdría preciarse de tenerla por degollar gran número de corderos en breve tiempo! En cuanto á la debilidad ó *inferioridad* de la mujer hay mucho que hablar.

¡Inferioridad! Concienzuda é imparcialmente, dentro de lo humano, hay que emprender un largo trabajo para poner sobre la cuestión de la inferioridad el dictámen de la naturaleza, de los siglos y de la ciencia. No es esta ocasión de extenderse con método rigorista en la exposición del problema, pero no es posible dejarle sin tocar al referirse á la ramera y conviene sintetizar algunos puntos.

Parte el hombre pensador para hacer realizable la imposición de su autoridad de considerarse perfectamente ilimitado en su voluntad, pues reconoce en la voluntad el poder omnímoto. En efecto, bien que pese á los pocos que se niegan á sí mismos, al llevar sus negaciones más allá de Dios y de la fuerza, pese á los sectarios del

ateísmo completo, cuando ya se han verificado todas las transformaciones, cuando huesos y carne, sangre y átomos, todo ha huído en los torbellinos de la materia, renovándose con nuevos elementos, el *yo* determinante y perfectamente determinado con los propios y continuos caracteres, sostenidos desde la misma infancia hasta la misma vejez, y conservado sin desviaciones radicales hasta en las perturbaciones del delirio (con sus formas externas é internas de constante entidad) el *yo*, queda permanente con su acción objetiva y subjetiva, que es la voluntad. En la ilimitación de ella, como queda dicho, apoya el hombre su autoridad para calificar á la mujer de ser inferior; de *pasivo* y no *activo*; *secundario* y no *esencial*; *sufrible* y no *perfecto*; *hábil* y no *consciente*; *sagrario* y no *verbo*; criatura organizada para ser *impuesta* no para *imponerse*. La falta de ciencia, de observación y de sentimiento, el extravío del hombre, en fin, le ha llevado á colocar como premisa de sus conclusiones un error de principios, la consecuencia se ha ensanchado, y, dañando *positivamente* (por causa del medio en que se la *obliga* á desarrollarse) la especie femenina, ha estancado su organización, viniendo á producir, con signos *reales*, una *apariencia* de verdad para tal sofisma. En prueba de este aserto, la ciencia con exactitudes numéricas nos señala una desproporción inmensa, en perjuicio del femenino, entre el cerebro de la mujer europea y del hombre europeo (peso, calidad, construcción y medida) y una desproporción insensible y en la mayoría de las razas inapreciable, entre el de la mujer y el hombre de los pueblos salvajes: es decir, la cuestión de la inferioridad queda reducida á simple condición de tiempo y de medio, y no entraña, como principio incommovible, esencialidades del ser. Pero como queda dicho, la causa de la deficiencia que pudiera llamarse del momento presente (¡qué son los siglos ante la vida de la humanidad!), parte de un error de concepto del hombre, que juzga su *solitaria* voluntad motor omnipotente de la vida..... (¿será error de concepto, ó vicio de puerilidad...?) reaccionadora en las entrañas de la mujer por ley de pasividad *forzosa*. De este fondo de creencia se deriva todo el gran edificio de civilización contemporánea, y como este fondo informa una obcecación monstruosa, resulta que leyes y costumbres llevan la levadura de la guerra de ideas, sensaciones y prácticas entre las dos mitades de la vida; entre el hombre y la mujer: porque, á pesar de su inferioridad consignada (y acaso por esto mismo) la naturaleza,